Tres artículos ignorados del escritor español Pío Baroja

Trois articles ignorés de l'écrivain espagnol Pío Baroja

Spanish writer Pío Baroja's three ignored articles

Miguel Ángel García de Juan

Edición electrónica

URL: <https://journals.openedition.org/bulletinhispanique/7357>

DOI: 10.4000/bulletinhispanique.7357

ISSN: 1775-3821

Editor

Presses universitaires de Bordeaux

Edición impresa

Fecha de publicación: 10 diciembre 2018

Paginación: 663-678

ISBN: 979-10-300-0337-6

ISSN: 0007-4640

Referencia electrónica

Miguel Ángel García de Juan, «Tres artículos ignorados del escritor español Pío Baroja», *Bulletin hispanique* [En línea], 120-2 | 2018, Publicado el 02 enero 2022, consultado el 08 enero 2022. URL: <http://journals.openedition.org/bulletinhispanique/7357> ; DOI: <https://doi.org/10.4000/bulletinhispanique.7357>

Tres artículos ignorados del escritor español Pío Baroja

MIGUEL ÁNGEL GARCÍA DE JUAN
IES «Rosa Chacel» - Madrid

Trois articles ignorés de l'écrivain espagnol Pío Baroja

Cette étude tire de l'oubli trois articles de presse de Pío Baroja jusqu'ici ignorés. Elle les reproduit intégralement et les replace dans leurs contextes. Les deux premiers contiennent des allusions à la France. Mais dans le troisième, l'écrivain basque prend la défense d'un journaliste espagnol menacé d'expulsion pour avoir publié dans *La Tribuna*, de Barcelone, une colonne ironisant sur Raymond Poincaré, alors Président de la République.

Mots-clés : Italie, France, Javier Bueno, Raymond Poincaré, *Le Matin*, Pío Baroja.

En este trabajo se rescatan tres artículos periodísticos de Pío Baroja olvidados hasta ahora. Además de ser reproducidos aquí, se presentan debidamente contextualizados. Los tres tienen alguna relación con Francia o lo francés, pero el más relevante en este aspecto es el tercero, puesto que trata de la reacción del escritor vasco contra el intento de expulsión de la República Francesa de un periodista español, por haber publicado en el diario barcelonés *La Tribuna* un artículo irónico sobre su Presidente Raymond Poincaré.

Palabras clave: Italia, Francia, Javier Bueno, Raymond Poincaré, *Le Matin*, Pío Baroja.

Spanish writer Pío Baroja's three ignored articles

In this essay, three of Pío Baroja's journalistic writings, till now forgotten, are brought out of oblivion. Apart from being here-copied, they appear properly contextualized and shown. The three texts have some connection with France or with what was considered as "French". The most important yet is the third one, for it is about the Basque writer's response, on behalf of a Spanish journalist threatened of expulsion from the French Republic, because this journalist had published an ironic article on the President Raymond Poincaré in "*La Tribuna*", a newspaper from Barcelona.

Keywords: Italia, Francia, Javier Bueno, Raymond Poincaré, "*Le Matin*", Pío Baroja.

PRIMERA PARTE

A una carta que dirigió Eduardo Ranch Fuster a Pío Baroja el 15 de diciembre de 1940, preguntándole por su vida, sus domicilios y sus viajes, el escritor vasco contestó con otra fechada en Madrid el 19 siguiente, en la que, por lo que respectaba a sus salidas de España, se equivocaba sobre la que realizó a Italia en 1906, al situarla en 1907. Sí acertaba, en cambio, en la llevada a cabo en 1909 a Roma y en la efectuada en 1922 a Nápoles y el sur de Italia, con lo que tenía razón cuando afirmaba, al final de esta misiva, que había estado tres veces en dicho país¹. Pues bien, cinco años después de la carta a Eduardo Ranch, al aludir en su libro de «memorias» *Final del siglo XIX y principios del XX* a sus viajes a Italia, recuerda que, con el dinero recibido por *Zalacain el aventurero*, novela publicada en 1909, más algunos ahorros, viajó a Florencia, Milán y Ginebra, con lo cual de nuevo se constata la flaqueza de la memoria de Pío Baroja, al confundir la primera salida con la segunda, o sea, el viaje a Italia de 1906 con el de 1909. Fue, en efecto, en el primero de los años citados cuando de abril a junio el escritor donostiarra giró un viaje por Italia y Suiza, como atestiguan cinco artículos remitidos al periódico español *El Imparcial*; desde aquel país, cuatro, y, desde Lausana, uno², colaboraciones periodísticas estas de las que trataremos más adelante.

Baroja publicó en 1949 el libro *Ciudades de Italia* en el que hay ciertas huellas, en mayor o menor medida, de algunos de estos escritos que envió a *El Imparcial* en el viaje de de 1906, pero el autor no concreta ni cuándo ni dónde redactó los hipotextos o versiones primarias³.

Dicho lo anterior, pasamos a detenernos en estos artículos de Pío Baroja inspirados en su viaje de 1906 y enviados al reiterado periódico madrileño. El primer escrito suyo lo publicó *El Imparcial* el 19 de abril, página tercera, bajo el título de «Comentarios: Entrada de turistas en una estación», y se localizaba en «Ventimiglia, Abril». El artículo trataba de lo ocurrido durante la comida de un numeroso grupo de «ochenta o noventa» turistas franceses en la fonda de la estación de dicha localidad fronteriza con Francia. El segundo y tercer escritos firmados por Baroja también se estamparon con el rótulo común de «Comentarios» pero con el subtítulo de «El viajero extraviado», 26 de abril, y «Sueños de grandeza», 10 de mayo. Sin embargo, no nos detenemos ahora en ellos, puesto que se hará después, por tratarse de artículos que acabamos de descubrir, y, por tanto, merecedores de una atención especial. La cuarta y quinta colaboraciones de Pío Baroja para *El Imparcial* en este viaje ya no

1. Véase *Pío Baroja-Eduardo Ranch Fuster: epistolario (1933-1955)*, edición Amparo Ranch y Cecilio Alonso, Valencia, Edicions Vicent Llorens, 1998, pp. 117-127.

2. Para comprobar esta confusión entre el primer viaje y el segundo, véase Pío Baroja, *Final del siglo XIX y principios del XX* (1945), Madrid, Caro Raggio, 1982, pp. 367-370.

3. Hemos leído *Ciudades de Italia* en *Obras completas*, vol. XV, Pío Baroja, ed. de José-Carlos Mainier, con revisión de textos de Juan Carlos Ara Torralba, Barcelona, Círculo de Lectores, 1999, pp. 311-467.

llevan el marbete de «Comentarios», sino que aparecen con el título particular de «En los Jardines del Boboli», 28 de mayo, y «La tragedia en el hotel», 4 de junio, ambos incluidos, a diferencia de los anteriores, en la sección literaria del periódico «Los lunes de *El Imparcial*», en su página tercera. El primero se firma en Florencia y el segundo, en Lausana. Aquél relata la experiencia del autor un domingo en la capital de Toscana, donde, después de comer, va a pasear a los «Jardines del Boboli», desde donde contempla la ciudad y en donde encuentra gente que ha ido allí a distraerse, recrearse o conocer el recinto. Pío Baroja aprovecha las actitudes que observa en distintas personas para hacer una reflexión sobre el arte. A continuación pasa a describir aquel espacio cuando atardece y anochece, momento en el que se retira de los jardines. «La tragedia en el hotel», artículo ubicado en cuanto a su escritura y contenido en Lausana, encierra un emotivo relato real, hermano de los más conmovedores de su libro de cuentos (muchos de ellos inspirados en sus experiencias) *Vidas sombrías* (1900). Baroja es testigo de cómo llega al hotel en que él se hospeda una familia inglesa con una niña aparentemente enferma. La gente instalada en el aludido hotel mira a esta familia con desdén, porque no pertenece a su estatus opulento y ostentoso; y es que los ingleses han ido allí por prescripción médica, para que pueda curarse la pequeña, «haciendo un gran sacrificio». El autor concluye diciendo que mientras la familia llora «una yanqui rubia, con un sombrero azul, que flirtea con un joven de Chicago, ríe a carcajadas, enseñando una dentadura blanca, en donde brilla una chispa de oro. ¡Bienaventurados los ricos! ¡Bien aventurados los que ríen!»

Cinco fueron, lo repetimos, los artículos de Pío Baroja que publicó *El Imparcial* inspirados en su viaje a Italia y Suiza en 1906, pero de dos de ellos, el segundo y el tercero, no se tenía noticia hasta ahora en que los hemos descubierto en este prestigioso diario, cuya vida se extendió desde 1867 a 1933⁴, los cuales se transcribirán en la segunda parte de este trabajo con los números “1” y “2”.

«Comentarios: El viajero extraviado», publicado el día 26 del cuarto mes de 1906, se data en la localidad de Empoli, es decir, lo escribió Baroja en esta ciudad italiana de la región de Toscana, a cuarenta y tres kilómetros de Florencia. En el primer artículo, «Comentarios: Entrada de turistas en una estación» señalaba que había comido junto a un numeroso grupo de turistas franceses en la fonda de la estación de Ventimiglia. Pues bien, en este segundo artículo manifiesta que un empleado de aquella estación le había indicado que para llegar a Florencia debía trasbordar en «Génova, Sausana (Sarzana) y Pisa». A continuación relata su viaje desde la partida del tren de Ventimiglia hasta

4. El titulado «Comentarios: Entrada de turistas en una estación», o sea, el primero, tampoco se conocía hasta que lo descubrimos y publicamos en 2014 en *Corresponsalia de guerra y otros textos olvidados*, Pío Baroja, Madrid, Caro Raggio, pp. 141-145. «Comentarios: En los jardines del Boboli» y «La tragedia en el hotel» fueron recuperados de la páginas de *El Imparcial* por Cecilio Alonso en «Pío Baroja en *El Imparcial* y en *Nuevo Mundo*. Diez artículos ignorados (1906-1913)», *Montearabí*, 27, 1998, pp. 31-91. Ambos fueron publicados posteriormente en *Obras completas*, vol. XVI, Pío Baroja, Barcelona, Círculo de Lectores, 1999, pp. 1178-1183.

que, después de varios cambios, se baja del último en Empoli, creyendo que ha llegado a su destino. Pero la parte principal del artículo gira en torno a una mujer muy bella que le ruega que, cuando el tren entre en Génova y en Sarzana, la despierte, pues piensa dormir durante un tiempo. Al llegar a la estación de Pisa, ella se despide y él queda «entristecido». Sube ahora al tren que lo llevará a Florencia, pero, abstraído en el recuerdo de aquella mujer tan atractiva, se baja de él en Empoli, creyendo que ha llegado a Florencia⁵.

El segundo artículo desconocido hasta hoy de los enviados por Baroja desde Italia a *El Imparcial* en 1906 está firmado en esa ciudad y lo publicó el periódico el día 10 de mayo. «Comentarios: Sueños de grandeza» consiste en una seria crítica a la megalomanía de Italia, la cual acaso pretende «restaurar el imperio romano». El autor no comprende que quiera comparar su ejército con el de Francia, Alemania o Reino Unido, cuando sus soldados han demostrado comportarse con escasa valentía. Por otro lado, los territorios vecinos estiman muy poco a Italia, «la consideran casi todos como un país de costumbres depravadas». En lo que atañe a su relación con Francia, ésta «mira al italiano como a un hombre peligroso, de quien tiene que desconfiar». En resumen, para Baroja, Italia debe centrarse y aprovechar su riqueza artística y no pensar en emprender hazañas fuera de su territorio, o sea, en «sueños de grandeza, ridículos por irrealizables, plumas de gallo que sirven para adornar los sombreros de los soldados, pero no para ganar batallas»⁶.

Si se lee otro libro de «memorias» de Pío Baroja, *Galería de tipos de la época*, 1947, recuerda éste, aunque sin ajustarse bien a las fechas, al igual que se ha visto al principio de este trabajo, que, al comenzar en 1914 la Gran Guerra, el periodista Javier Bueno le pidió que lo defendiera de quienes pretendían expulsarlo de Francia, por haberse burlado en un artículo publicado por *La*

5. Este artículo, que desmiente una vez más la imputación de misoginia a Pío Baroja, fue aprovechado en parte, sin ninguna referencia a su origen en *Ciudades de Italia*, pero carente de título, con división en partes, cambiando los tiempos verbales y modificando, añadiendo y quitando texto. Por eso lo reproducimos aquí tal como apareció en *El Imparcial*.

6. No sólo no hemos encontrado huellas de este artículo en toda la obra del escritor vasco publicada hasta hoy, sino que debió de excluirlo conscientemente, pues hemos visto en *El Imparcial* de dos días después, página tercera, la siguiente noticia: «Las opiniones que en su viaje actual por Italia ha improvisado nuestro ilustre colaborador Pío Baroja sobre la política y las instituciones de aquel país tan querido para España, han herido el sentimiento patriótico de la colonia italiana de Madrid. Muchos honorables individuos de ella nos dirigen afectuosa carta en que rechazan las afirmaciones de Baroja, por considerarlas inexactas y caprichosas, y sobre todo injustísimas las que se refieren al ejército italiano. A la vez escriben conceptos muy halagüeños para España y para *El Imparcial*, los cuales agradecemos doblemente por la calidad de nuestros comunicantes. Queda consignada la protesta y aprovechamos la ocasión para reiterar a la colonia italiana los sentimientos de fraternidad y los juicios que en muchas ocasiones ha expresado este periódico al tratar de asuntos de Italia con el elogio que merecen los progresos de aquel país y la respetabilidad de todas sus instituciones». Por otro lado, en *La Correspondencia Militar* del día 15, un artículo firmado por Toladas y titulado «¿Qué significa?», al tratar del antimilitarismo de algunos escritores, se refería a lo manifestado por Baroja como a algo «escrito con cuatro vulgaridades impropias de un cerebro tan bien equilibrado como el suyo», p. 1.

Tribuna de «las levitas de los antiguos políticos franceses»⁷. Efectivamente, el artículo de Pío Baroja, que copiamos con el número “3” en la segunda parte del presente trabajo, apareció en dicho diario de Barcelona el día 12 de enero de 1914, lo que confirma la equivocación del escritor vasco respecto al comienzo de la Primera Guerra Mundial, pues ésta empezó medio año después de publicarse su artículo.

Javier Bueno era entonces corresponsal de varios medios españoles y americanos en la capital de Francia, y había sido colaborador, al mismo tiempo que Baroja, de *El Radical*, donde éste había publicado por entregas la novela *César o nada* en 1910. En consecuencia, a ambos los unía una estrecha relación. Este compañerismo fue el que excitó a Bueno a publicar en *La Tribuna* el 21 de diciembre de 1913, en su columna habitual «Cosas de París», el artículo «Un caso extraño. Contestando a un suelto». En él recriminaba al escritor guatemalteco Enrique Gómez Carrillo haber intentado desprestigiar a Baroja en el semanario que dirigía, afirmando que era un galófobo, «cuya única originalidad literaria consiste en escribir muy mal», y que a la cena que se le había ofrecido como homenaje en París, habían asistido únicamente «dos docenas de estudiantes». A lo cual contestó Javier Bueno, en su columna en que defendía a Baroja, que los asistentes al banquete no habían sido dos docenas de estudiantes «sino más de cincuenta pintores, escritores y escultores»⁸.

Pues bien, llegado el día 23 de ese mismo mes, este corresponsal de *La Tribuna* en París publicó su habitual columna con el título de «Futuro viaje presidencial» y, en ella, utilizando un tono de humor, como en otras muchas anteriores, trataba del próximo viaje del Presidente Raymond Poincaré a los Estados Unidos de Norteamérica. Respecto a su posible indumentaria, manifestaba el periodista: «Poincaré [...] no se quita la chistera ni para la caza, y lo que siente es no poder sustituirla por una corona, aunque fuera de Rey. ¡Lo que disfrutaría M. Poincaré en su pueblo si pudiera lucirse con el manto de Napoleón!» Y añadía:

Es posible que Poincaré vaya comisionado por las sombrereras y «plumassières» de París, que ven amenazado el mercado de América del Norte por la nueva ley que

7. Véase Pío Baroja, *Galería de tipos de la época* (1947), Madrid, Caro Raggio, 1983, p. 185.

8. Javier Bueno, «Cosas de París: Un caso extraño. Contestando a un suelto», *La Tribuna*, 21 de diciembre de 1913. Este periodista informaba con toda fidelidad del banquete ofrecido a Baroja la noche del día 8 de diciembre, porque había sido uno de los asistentes; véase la información de *La Correspondencia de España* del día 9 de diciembre de 1913, p. 3.

La acusación de Gómez Carrillo y otros a Baroja de galófobo ha merecido por nuestra parte el artículo publicado en *Revista de Literatura*, Tomo 77, Nº 154, 2015, pp. 399-422, con el título «Pío Baroja y su germanofilia en la conflictiva segunda década del siglo XX». Por si lo expuesto en el aludido artículo no fuera suficiente para desmontar uno de los tópicos que se repiten sin ningún matiz cuando se trata del novelista español, traemos aquí el suelto que hemos encontrado en varios periódicos del martes 5 de diciembre de 1916: «Zaragoza. (Lunes, noche.) Han marchado a Madrid Pío Baroja y el caricaturista Bagaría, que vinieron a rogar a los caricaturistas aragoneses enviaran obras a la exposición que se organiza a beneficio de los españoles que forman parte de la Legión Extranjera, agregada al ejército francés»; *La Correspondencia de España*, p. 3.

prohíbe a las señoras adornarse con plumas de pavo real y hasta de pavo común. Si así fuese podemos asegurar un buen éxito a su viaje, porque hasta los propios enemigos reconocen que M. Poincaré tiene verbosidad, actividad y otras condiciones esenciales de todo buen viajante de comercio⁹.

La respuesta del diario simpatizante con el Presidente de la República y su ideología, *Le Matin*, no se hizo esperar y el día 26 publicaba en su página tercera un suelto titulado «M. Poincaré injurié par un journaliste espagnol»:

A plusieurs reprises, ces temps derniers le journal *La Tribuna* de Barcelone a publié des correspondances parisiennes qui se distinguaient par des attaques grossières contre la France.

Dans son numéro du 19 décembre (sic), ce journal, sous la signature de Javier Bueno, a publié un article dans lequel le président de la République française est injurié et calomnié.

Un groupe de nos compatriotes, résidents à Barcelone, nous signale que cette attaque grossière contre le président Poincaré a provoqué la plus vive indignation dans l'importante colonie Française de cette ville.

Es en este punto en el que Javier Bueno solicita apoyo a Pío Baroja y el novelista se lo presta enviando a *La Tribuna* el artículo que el periódico publica el 12 de enero de 1914 y que se reproduce aquí por primera vez, como se ha dicho, en la segunda parte del trabajo¹⁰. En el artículo Baroja defiende al periodista y, de paso, lanza una acometida contra Enrique Gómez Carrillo, recordando el ataque que éste le había efectuado a mediados de diciembre, al que respondió Javier Bueno con el escrito que se ha citado del día 21 de ese mes.

En España, dos de los principales diarios nacionales se pronunciaron a favor de Javier Bueno. De un lado, el republicano *El País*, el cual, con firma de Antonio Herrero, publicaba el 13 de enero «Películas con color. Las cosas de Javierito», cuyos cinco primeros párrafos copiamos a continuación:

En la prensa francesa se ha iniciado estos días una campaña de franca hostilidad contra nuestro compatriota Javier Bueno, sin otro fundamento que unas frases consideradas irrespetuosas en la vecina República, dedicadas a la persona de M. Poincaré.

Y tan en serio han tomado el asunto los periodistas franceses, que piden nada menos que la expulsión del joven periodista del territorio francés.

Y, de acuerdo con esta petición de los órganos oficiosos, el Gobierno se ha decidido a estudiar el asunto.

Javierito no se ha debido alarmar al enterarse de eso. Es muy mal síntoma que un Gobierno piense en molestar a un ciudadano, tenga o no tenga razón.

9. Javier Bueno, *La Tribuna*, 23 de diciembre de 1913, p. 5.

10. Pío Baroja, «La expulsión de Francia. Javier Bueno», *La Tribuna*, 12 de enero de 1914, p. 6.

Pero lo extraño de esto es que Javier no ha dado motivo para esa determinación en extremo arbitraria¹¹.

Por su parte en el monárquico *ABC* apareció sin firma el día 15 de ese mes el artículo «En Francia y en España. La libertad de prensa», del que recogemos también las líneas que lo encabezan:

Con motivo de un artículo publicado por D. Javier Bueno, corresponsal en París de varios diarios españoles, algunos periódicos franceses están realizando una campaña en la que piden nada menos que su expulsión de la capital de Francia. No es la primera vez que el mal humor de nuestros colegas franceses se traduce en peticiones de esta índole. Ya en otras ocasiones solicitaron igual medida expeditiva para los Sres. Cadenas, Camba y otros corresponsales de diarios españoles en París¹².

Hacía bien este diario español en referirse sólo a «algunos periódicos franceses», pues hubo otros, como el socialista *L'Humanité*, que muy pronto salieron en defensa del periodista Bueno y la libertad de prensa. En efecto, este prestigioso medio francés había publicado el día 13 el artículo firmado por P. R. «Pour la Liberté d'Opinion», el que, entre otras consideraciones, manifestaba con toda claridad lo siguiente:

M. Javier Bueno avait, en effet, écrit dans le Journal *La Tribuna*, de Madrid (sic), quelques lignes sur le voyage possible de M. Poincaré en Amérique, et il posait quelques questions, sous une forme plutôt humoristique qu'autre chose, et qui n'avaient aucun caractère injurieux. Ce n'est pas, pensons-nous, injurier monsieur Poincaré, que de dire qu'il aurait fait un excellent commis-voyageur¹³.

Bien por los apoyos de la prensa francesa como el de *L'Humanité*, bien por las oportunas actuaciones de las diplomacias de París y Madrid, lo cierto fue que a Javier Bueno no se le expulsó de Francia y pudo continuar con su trabajo para *La Tribuna* y otros medios escritos de dentro y fuera de España. Igualmente es verdad que entre el 23 y el 28 de diciembre no apareció su firma en el diario barcelonés, pero a partir del día 29, en pleno fragor de la petición por algunos medios franceses de su expulsión, volvió a publicar su columna habitual «Cosas de París».

11. Antonio Herrero, «Películas en color. Las cosas de Javierito», *El País*, 13 de enero de 1914, p. 3.

12. *ABC*, jueves, 15 de enero de 1914, p. 5.

13. P. R., «Pour la Liberté d'Opinion», *L'Humanité*, 13 de enero de 1914, p. 2. El periódico francés incluía además la carta de rectificación que el periodista español había enviado a *Le Matin* y este diario no había querido publicar. Añadía asimismo que daba a la luz esta misiva, no solo como justificación de Javier Bueno, sino también para avisar de que la policía estaba persiguiéndolo, con mayor o menor disimulo. Y concluía: «On peut se demander si c'est là vraiment une conception républicaine de la liberté d'opinion, que de molester un étranger pour un article paru dans son pays, même si on n'invoque pas l'erreur d'interprétation commise par le journal du Faubourg Poissonnière», o sea, la equivocación de *Le Matin*.

Javier Bueno seguiría en París durante la Gran Guerra escribiendo para distintos medios de habla española. Las crónicas para *ABC* las firmó con el seudónimo de Antonio Azpeitua. Tenía entonces poco más de treinta años. Falleció a los ochenta y uno en Ginebra.

SEGUNDA PARTE

1

«Comentarios: El viajero extraviado», «Empoli, Abril». *El Imparcial*, jueves 26 de abril de 1906, p. 3

—Tiene usted que trasbordar tres veces —me dijo el empleado de la estación de Ventimiglia—, en Génova, en Sausana (Sarzana) y en Pisa.

Le doy las gracias por la advertencia, maldiciendo interiormente tanto trasbordo que obliga a estar a todas horas saltando de un vagón a otro con la maleta en la mano. Entro en una sala de espera. Hay en ella una porción de aldeanos, mujeres y hombres con sacos y morrales aguardando a que abran.

Entre ellos un viejo grueso, todo afeitado, excepto una perilla puntiaguda y blanca. Tiene una manta sobre las piernas, y en ella unos papeles grasientos, en los cuales hace una distribución de monedas de plata y de cobre.

—Vea Vd., señor —me dice el viejo en francés—, yo soy un hombre sin un céntimo, pobre, pobrísimo, pero nunca melancólico, ni enfermo ja... ja... Otros no comprenden la vida, buscan dinero, yo no lo busco, ¿para qué?... ja... ja... ja... y el viejo se ríe, y toda su cara gruesa se llena de arrugas, y los ojos se le borran al reír pensando en la «melancolía» que no padece.

Le miro con algún asombro y el viejo sigue hablando.

—Rotschild, el antiguo, vino un día a Ventimiglia de Monte Carlo, en donde estaba, y me habló porque le habían dicho que yo había estado en la guerra con Garibaldi, y me vio y le dije: «Señor barón, usted tiene dinero, mucho dinero, pero yo tengo alegría sin dinero... ¿Eh?... ¿Está bien dicho? ja... ja... ja... Y con su dinero hace veinte años que se fue al otro mundo, y yo aquí sigo pobre, viejo y sin un céntimo, pero alegre siempre... ja... ja... ja...»

—No haga caso —me dice un hombre joven de bigote rubio, acercándoseme—, este viejo tiene una casa en Ventimiglia que ha comprado hace poco.

—No es verdad, no es verdad —exclama el viejo extendiendo el índice y el meñique de las dos manos y agitándolas en el aire como hacen los supersticiosos para quitar la «jettatura».

—Sí es verdad, ya lo creo.

—No es verdad, esa casa es de mi mujer.

El viejo se marcha huyendo de este hombre que ha denunciado su riqueza, se acerca a un grupo de labradores y accionando con una mano y con la otra puesta en el pecho comienza a cantar. Canta y los aldeanos le contestan con otra canción a coro, que tiene el aire de ser una cosa de burla.

Paso a otra sala de espera, ocupada en su mayor parte por turistas; casi todos llevan su Baedeker y su kodak; se oye hablar francés e inglés más que italiano.

Entre las señoras, llama la atención una guapísima, alta de ojos negros intensos, con una capa blanca y un sombrero de flores. Habla con un señor anciano de barba blanca, y da muestras de impaciencia a cada instante.

Abren la puerta para que pase la gente al andén y nos vamos instalando todos en los coches; yo entro en un vagón en donde hay dos hombres muy foscos, muy antipáticos, que no contestan al saludo que les hago. En el mismo vagón, en otro compartimento, ha entrado la señora de la capa blanca y desde la ventanilla habla con el señor anciano. Con una decisión repentina la dama salta del coche con la cartera en la mano y se marcha hacia el comienzo del tren. Yo entro en el compartimento que ella acaba de dejar y me acomodo en él. Estoy pensando en la perspectiva de tenderme a la larga, cuando aparece de nuevo la señora de la capa blanca. Al verme, me figuro observar en su rostro un gesto de desagrado.

Habla la dama con el caballero durante mucho tiempo, luego se despiden. Nos quedamos solos; ella me mira atentamente y, de pronto, hablando con mucho fuego, me dice en italiano que tenga la «gentileza» de avisarla cuando lleguemos a Génova y a Sausana (sic), porque piensa dormir.

Yo le (sic) contesto en francés, asegurándole que no tenga cuidado, que le (sic) avisaré en cuanto lleguemos.

—No sé para qué me habla usted en francés —me dice ella con aire displicente—, haciéndolo tan mal y siendo tan italiano «come noi».

—No —le replico yo—; no soy italiano, soy español y, aunque hablo mal francés, hablo peor italiano porque no sé nada.

—Entonces, dispense usted.

—No, ¿por qué?; si es verdad.

Con este motivo intento entablar una conversación, pero ella no está decidida a seguirla; no dice más sino que lleva muchas noches sin dormir, que viene de Venecia, que va a estar poco tiempo en Pisa...

Paramos en la primera estación; un revisor baja del tren, entra en la cantina y, a una muchacha de catorce o quince años, de ojos muy claros, le dice sonriendo: «Brutta».

Recuerdo que «brutta» quiere decir fea. Ella le contesta algo y otro de los empleados del tren, mostrando el dedo pulgar de la mano derecha levantado, le grita: «¡Malonna!»

—¡Qué gente más grosera! —dice la señora haciendo un gesto de impaciencia—. ¡Qué imbéciles son estos italianos!

Yo me encuentro excluido de la clasificación y no protesto.

Comienza a oscurecer, pasamos por pueblos colocados a orillas del mar; algunos pescadores cosen sus redes recostados en las barcas, en los arenales de las playas; otros sacan el copo tirando de una amarra. El paisaje, más que un paisaje real, parece así como el descrito en una canción romántica. La señora corre la cortina, vacila un poco, luego se decide, se quita el sombrero, la capa blanca y un bolero, corre la pantalla de la lámpara y se tiende.

Yo, en silencio, a la media luz que ha quedado en el vagón, admiro un cuerpo espléndido, un talle esbeltísimo, la curva soberbia de una cadera y los pies pequeños, que salen por el borde del vestido. Por una lógica asociación de ideas, de la contemplación de esta mujer hermosa, paso a mirar el timbre de alarma con cierta melancolía.

Al llegar a alguna estación, después del estrépito del tren, en la calma, se oye la respiración dulce de la mujer, pero de cuando en cuando se despierta con un sobresalto, suspira y da una vuelta violenta en el asiento.

Llegamos a Génova. Cambiamos de tren. Le digo a la señora si quiere ir a la fonda; me contesta que no. Voy yo solo, ceno con apetito, aunque con melancolía; bebo, aunque con melancolía también, una botella de vino de Chianti. Al entrar en el vagón de nuevo, se me figura que la mujer está llorando.

—Señora —le digo yo—, si pudo servirla de algo, dígamelo usted.

Ella me mira de arriba abajo con cierto asombro y hace con la cabeza un signo negativo.

En Sausana (sic) cambiamos de tren; el que tomamos está lleno de gente. Al llegar a Pisa, baja la dama del vagón; yo hago lo mismo.

—¡Un faquino! —grita con voz imperiosa.

Un mozo toma la cartera. Antes de marcharse, la señora se vuelve hacia mí y me tiende la mano.

—¡Gracias! ¡Muchas gracias por tanta gentileza! —me dice con un tono conmovido y me estrecha la mano efusivamente y veo sus ojos negros que brillan en la oscuridad de la noche.

Yo la miro alejarse y me quedo entristecido; me paseo por el andén de la estación de arriba abajo, pensando en qué le habrá pasado a esta mujer. Viene el tren de Florencia, entro en un vagón y cierro los ojos para no turbar el recuerdo de los ojos negros. ¡Cuántas veces en la vida pasan personas a quienes se empieza a conocer; acontecimientos que parece que se inician como importantes y que luego no terminan, ni siguen, ni son nada!

Por ese carácter de indefinición que tienen son más atrayentes; esas figuras vagas que cruzan por delante de uno sin que se sepa lo que son, irritan la curiosidad, tienen el carácter de una promesa que se va y que parece más seductora a medida que se aleja.

Embebido en estos recuerdos de unas horas paso algún tiempo. De pronto, al llegar a una estación, alzo los ojos y veo en una pared un letrero que dice: Firenze. Decidido, bajo del tren y busco la salida. Me choca un tanto ver que la estación está desierta y que no se baja nadie, pero no hago caso y sigo adelante. Salgo de la estación y me encuentro en una plaza abandonada, en donde no hay más que un coche destartado. Un aldeano con trazas de mendigo, pone mi maleta en el coche.

—¿Adónde? —me dice el cochero.

—Vía Palestro, hotel Bertelli —le contesto yo.

El cochero echa una falda roja a mis pies, se sienta en la lanza del coche y el caballo comienza a galopar y el coche a dar tumbos por callejuelas estrechas. Es el amanecer, hace mucho frío y me envuelvo en la manta del cochero. Miro a un lado y a otro. Ciertamente la ciudad no tiene aire señorial, más parece un villorrio; pero sigo embebido en mis recuerdos y sin hacer caso a nada.

—Esto debe ser algún arrabal —me digo.

De las puertas de las casas salen hombres, de las ventanas asoman viejas, y unos y otras me miran con asombro. La verdad es que, envuelto en la manta roja del cochero y sobre este coche, que parece que va a deshacerse en uno de sus tumbos, debo tener un aire extraordinario.

El coche se para muchas veces en seco; el cochero pregunta: «¿La vía Palestro?»

Le contestan algo y vuelve a hacer trotar frenéticamente al caballo, y yo tengo que agarrarme para no caer en uno de los bamboleos.

Por fin, estamos en la vía Palestro. Buscamos el número dos. Es notable; no hay números en la calle: Marcho de asombro en asombro. El cochero me pregunta si busco la casa de un comerciante de vinos. Le digo que no, que voy a una fonda, a una «tratoria» -no sé de dónde recuerdo esta palabra de italiano-, y saco un papel del bolsillo y leo:

-Hotel Bertelli, vía Palestro, 2.- Firenze.

-¿Pero esto no es Florencia! -me dice el cochero, abriendo unos ojos asombrados.

-¿No? -le pregunto yo, casi tan asombrado como él.

-Pues, qué es?

-Empoli.

Y unos cuantos hombres que han salido de una casa, me miran todos con estupefacción y repiten:

-Esto no es Florencia, es Empoli.

Hay para reírse. Entonces, ¿qué es lo que he leído yo en la estación? Le pago al cochero lo que me pide y le devuelvo su manta. Voy a la estación para leer el letrero y quejarme, ya que no contra el destino, contra la compañía de ferrocarriles. El letrero pone «per Firenze», y debajo una flecha. No tengo el consuelo de echarle la culpa a nadie.

Me quedo en Empoli en un fonducho a esperar el tren. Por la carretera blanca pasean grupos de aldeanos que vienen al pueblo; algunos carros se acercan deprisa, el caballo al galope, mientras los conductores hacen restallar sonoramente el látigo. Y mientras contemplo el paisaje inundado de sol, suenan a lo lejos campanas muy lánguidas y muy tristes. Le pregunto a la posadera qué es lo que pasa en el pueblo para tanta campanada, y me dice que es el día de Jueves Santo.

Empoli

PÍO BAROJA

«Comentarios: Sueños de grandeza». *El Imparcial*,
jueves 10 de mayo de 1906, p. 4

La conferencia de Algeciras ha traído consecuencias que todavía no lo son, pero que pueden ser muy graves para Italia. El emperador Guillermo ha querido de un golpe manifestar su agradecimiento al (sic) Austria por el apoyo prestado a Alemania en la cuestión de Marruecos, y al mismo tiempo expresar su desvío

a Italia por su proceder. Con este doble objeto ha enviado este telegrama (¿?) a Goluchowsky, que está produciendo gran crujir de dientes en Italia y que ha dejado la triple alianza tambaleándose.

La última palabra de la cuestión de estos dimes y diretes de alemanes e italianos la da con brusca franqueza el *Berliner Tageblatt* al final de un artículo: Nosotros no necesitamos amigos —dice este periódico—, y por eso pretendemos que el que sea amigo nuestro, lo sea lealmente.

Alemania le dice a Italia: O conmigo o contra mí.

La situación de Italia actualmente no deja de ser difícil. La triple alianza ha sido para ella un negocio ruinoso, pero si ahora se separa de ella pierde de golpe todos los enormes sacrificios hechos durante muchos años.

Le sucede a Italia lo que a esas familias que conservan un gran tren, con la esperanza de casar a la niña con algún príncipe y, cuando pasa el tiempo y la niña no se casa y ven que el déficit ha aumentado de una manera terrible, sigue la familia llevando la misma vida, haciendo un esfuerzo más, por si acaso es el último.

La política guerrera de Italia sólo se explica por una monomanía de grandezas. Antes la unidad era un fin para los italianos, después de conseguida la unidad, no les ha bastado, han querido ir más lejos, quizás querían restaurar el imperio romano (sic).

Hablan los periódicos cuando tratan de esta cuestión entre Alemania e Italia del entusiasmo de una nación joven como Italia. ¡Italia joven! Claro que políticamente lo es, ¿pero eso qué significa? Si Italia es joven, ¿qué pueblo habrá que sea viejo?

Se habla también aquí, en los periódicos, entre la gente, de Italia, como de un país guerrero, como de un país fuerte que puede parangonarse militarmente con Francia, con Inglaterra (sic) o con Alemania. Podrá serlo, a primera vista no lo parece. Es posible que estos soldados, a pesar de esas plumas de gallo que llevan en el casco y de toda esa indumentaria de ópera bufa que gastan, sean aguerridos; es posible que los generales sean grandes técnicos, pero por ahora no lo han demostrado. Es más, en la única batalla grande que han tenido los italianos desde el tiempo de la unidad, en la que libraron en Abisinia contra las tropas de Menelick, se portaron de una manera bastante poco heroica. Un militar entendido me decía hace poco tiempo en París que en esa batalla del Adua sólo los indígenas al servicio de Italia se habían batido bien; en cambio, los italianos huyeron, tanto que casi todos los heridos lo estaban por la espalda, hechos (sic) en el momento de la fuga.

Yo no creo que este pueblo tenga ya instintos guerreros y, sin embargo, se arruina con su ejército y con su armada. Hay que pagar la honra de codearse con los fuertes, la honra nada más, porque el provecho, por ahora Italia no ha sacado ninguno.

A pesar de su rango entre las naciones, Italia no ha conseguido ningún triunfo. Los pueblos italianos del Adriático se contentan con manifestaciones

de italianismo muy románticas, pero no hacen nada por acercarse a Italia, y es muy probable que, si estos pueblos alguna vez dejan de ser austriacos, pasen al dominio de Alemania; por la parte de Niza no hay tampoco esperanza de expansión mientras Francia siga siendo fuerte; la parte italiana de Suiza está contenta con seguir siendo cantón suizo. Sólo en las colonias podía tener Italia expansión, y el primer ensayo en Abisinia fue uno de los fracasos más grandes de la época.

No se comprende, encontrándose Italia en la situación en que está, qué objeto puede tener este ejército poderoso y esta formidable marina que se pasea por el Adriático y por el Mediterráneo, y que no ha visto más proyectiles en el aire que los corchos de las botellas de champagne que saltan en los banquetes celebrados en su honor.

Hay otra cosa interesante, y es que Italia no tiene la simpatía de los países que la rodean, lo que hace que no pueda tener relaciones sinceramente amistosas. La amistad de Alemania por ella es la que se tiene por un vecino que no se estima, pero que, teniéndolo por enemigo, puede perjudicar. He conocido a varios alemanes y suizos de la Suiza alemana, y ninguno tenía simpatía por Italia. La consideran casi todos como un país de costumbres depravadas.

Los franceses tampoco tienen cariño por Italia, parte porque lo miran como a un pueblo ingrato, a quien ellos dieron la unidad y que les pagó este favor pasándose al enemigo, y parte porque la ven como a un rival posible.

En los periódicos franceses se leen con frecuencia manifestaciones de entusiasmo por Italia, pero el pueblo francés no participa de este entusiasmo. París, que es abierto a todo el mundo, odia a los italianos, lo he podido comprobar muchas veces; no sé cuál es la causa; probablemente habrá alguna razón de concurrencia en el trabajo; no conozco el motivo, pero es lo cierto que París, que acoge con una sonrisa a quien llega, que acepta que todo español sea un hidalgo, y todo inglés un gentleman, y todo polaco un noble, y todo alemán un sabio, mira al italiano como a un hombre peligroso, de quien tiene que desconfiar.

Sólo los ingleses tienen verdadera amistad por Italia y los italianos.

Italia podría encontrar una amistad cordial en Inglaterra (sic), pero Inglaterra no le servirá a Italia en sus proyectos de expansión. Italia, encerrada en un mar interior, rodeada de naciones fuertes, que, en el fondo, le son hostiles, no tiene más camino que la vida tranquila del arte, de la industria y de la explotación de sus riquezas artísticas. Otra cosa son sueños de grandeza, ridículos por lo irrealizables, plumas de gallo que sirven para adornar los sombreros de los soldados, pero no para ganar batallas.

Florencia

PÍO BAROJA

«La expulsión de Francia. Javier Bueno». *La Tribuna*,
lunes 12 de enero de 1914, p. 6

Un amigo de París me escribe que a Javier Bueno, el corresponsal de *La Tribuna*, le quieren expulsar de Francia.

La razón es que Bueno escribió un artículo acerca del Presidente Poincaré, en el cual le negaba prendas físicas, espirituales y hasta prendas de vestir.

Con esto, sin duda, basta para que a Javier Bueno se le tenga como un enemigo de Francia. Cosa absurda. Bueno vive en París, se ha creado allí una familia, un hogar, es casi un parisiense. ¿Por qué ha de odiar al pueblo donde vive, donde ha nacido su hijo?

Realmente no lo odia; al revés, le tiene cariño; pero, como es periodista y el oficio de periodista es comentar los sucesos y los actos de los hombres, con su criterio, Javier Bueno los comenta.

Al paso que vamos, en las democracias actuales, le van a exigir a uno la profesión de fe para vivir en esta nación o en la otra.

Al llegar a la frontera española, un delegado misterioso le llevará al viajero a la garita «ad hoc», y le preguntará:

—¿Cree usted en Romanones? ¿Cree usted que D. Antonio es un gran orador? ¿Le interesan a usted las novelas de Ricardo León? ¿Lee usted los artículos de «El Duende»? ¿Sí? Puede usted pasar. ¿No? Entonces vaya usted a otros climas.

Hoy, para vivir en Francia, hay que encontrar guapo, elegante y esbelto a Poincaré, talentudo a Prévost, gran escritor a Léon Daudet, joven a Sarah Bernhardt y espiritual a Ernesto Lajennesse (sic).

Si se tiene la desgracia de no encontrarlo así, el mejor día aparece algún buen guatemalteco, como el Sr. Gómez Carrillo, que le denuncia en su periodiquito a uno como galóforo y le señala a las iras de los salchicheros de París.

Javier Bueno está a punto de ser entregado a las garras de estos honrados industriales, para que hagan con él picadillo.

Javier Bueno es uno de los pocos periodistas españoles que puede hacer una campaña de información original en París. Lleva allí diez o doce años, conoce la ciudad como si hubiera nacido en ella, tiene gracia, ingenio y suerte. No se parece en nada a esa turba de argentinos, mejicanos, peruanos, chilenos y guatemaltecos que han impregnado París de un rastacuerismo, y han hecho, sólo con su presencia, empalagosos, vulgares y desagradables los rincones más simpáticos de París.

Javier Bueno, además de tener el gusto de un europeo, y no de un sinsonte, tiene otra cosa extraña, y es que habiendo vivido muchas veces en la estrechez y en la miseria, ha conservado un fondo fuerte de dignidad y de energía.

Aunque quiera ser un cínico, no puede serlo.

Como esos pájaros que se posan un momento sobre un montón de estiércol y echan de nuevo a volar con el plumaje limpio brillante, así ha sido Javier Bueno.

Realmente, sería de lamentar que la embajada española en París dejase sin reclamación, sin protesta, el que a Javier Bueno le expulsen de Francia, sólo por el hecho de no haber encontrado esbeltez en el talle de Poincaré ni buen corte en sus levitas.

PÍO BAROJA